



Ilustración de Pilar Veiga

## La promesa del conocimiento: Reflexiones sobre la transformación social desde la Universidad Pública<sup>1</sup>

Con el comienzo del iluminismo se genera la idea de un mundo mejor, se dejaba la oscuridad y comenzaba a situarse el pensamiento, las artes y la ciencia como vehículos de la razón, la libertad, la dignidad en el inicio de una etapa de una humanidad que parecía perfeccionarse de manera continua.

Desde aquellos tiempos, importantes transformaciones se sucedieron en términos sociales, culturales, intelectuales, académicos y un apartado especial reservado para el campo político. Y es que lo político se daba como que iba de suyo, que acompañaría el progreso indefinido que se vislumbraba.

---

<sup>1</sup> Palabras alusivas expresadas por el Director del Departamento de Sociología en el marco del Acto de Apertura del Ciclo Lectivo 2024. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de San Juan.

Posiblemente sea momento de desnaturalizar este acompañamiento permanente, de nosotros depende hacerles saber a cada uno de nuestros representantes sobre el valor de la educación en nuestro proceso civilizatorio. A la etapa relatada anteriormente le sucede el surgimiento del Estado, figura que emerge como garante de una sociedad que demandaba condiciones semejantes para todos los actores que la conformaban.

Y entre algunos tropiezos e incontables luchas vencidas, ese Estado, con interrupciones, desafíos y muchas vidas que solo vieron pasar la modernidad arriba de una carreta tirada por un enflaquecido alazán, fue conformándose la educación como el principal cimiento de una organización social que tenía muy poco por perder, o mejor, que tenía casi nada, solo esperanzas para sus hijos, nietos o bisnietos.

Nuestra Argentina se inscribió en este proceso. Distintos gobiernos con diferentes signos políticos desarrollaron tanto organizaciones sociales como las ilusiones y esquemas personales de importantes grupos de actores, las últimas mucho más generalizadas y, por lo mismo, demandantes de un tiempo futuro que justificara el duro tránsito de aquel presente.

La demanda tenía forma, márgenes, colores y estructura, solo faltaba nombrarla y, por supuesto, concretarla. Primero fue la escuela, ese simple lugar que abría una puerta a otra dimensión, dimensión que era relatada, paradójicamente, de hijos a padres, de nietos a abuelos, y que lamentablemente muchos de aquellos actores ni siquiera podían imaginárselo.

Pero justamente fueron esos actores, esos padres analfabetos de manos llenas de tierra, con los ojos rojos de viento zonda, con arrugas de un sol seco que desafiaba el sendero de las gamelas, quienes primero entendieron que el camino era tan largo y espinoso que seguramente ellos no lo experimentarían, quizás ni siquiera serían testigos.

Pobres de objetos y posesiones, pero ricos en proyecciones y sueños, con un desapego incomprensible para la lógica que pretenden imponer los medios hegemónicos en la actualidad; esos analfabetos, o permítanme nombrarlos con el respeto que merecen, creadores de proyectos, habitantes desconocidos e invisibilizados pero generadores de futuro, comenzaron a profesar que solo existía un lugar posible para la transformación de sus descendientes: la educación. Y no estoy más que

contando la historia de nuestro país o, mejor dicho, de nuestra provincia, más cercano aún de nuestra Facultad de Ciencias Sociales.

Nuestra universidad pública, laica y gratuita, como parte de un sistema que se extiende en toda la geografía nacional, nos da un mensaje imposible de desoír. Como la mayoría sabe me formé en esta Facultad y específicamente en la Carrera de Sociología, es de suyo que puedo apelar a las estadísticas para argumentar una posición. Éstas exponen que en el año 2020 la Argentina ocupaba el segundo lugar de toda América en estudiantes que recibían el primer título universitario en su historia familiar. Es decir, entre los 35 países que conforman las tres Américas, nuestro injustamente maltratado sistema universitario, responde con un escenario de ensueño hace pocas décadas atrás, y aún en contextos de crisis económicas. Por cada 10.000 habitantes, 701 recibirán la certificación que garantiza el acceso a las herramientas legítimas y potenciales transformadoras de realidades sociales. Todavía nos queda un viaje extenso, pero estamos en ello y no cabe dudas que lo estamos haciendo bien.

La universidad, nuestra universidad, se tornó en las últimas décadas, posiblemente, en el único escenario que realmente permite escapar de los márgenes, del olvido, del hambre, garantizando el camino a un espacio social diferente, a ser parte de un grupo, por suerte cada vez menos selecto, como ciudadanos con reales derechos y posibilidades.

Y, paradójicamente, la universidad se conforma de escasas dimensiones o factores que intervienen para semejante transformación; el nuevo agente debe incorporar: conocimiento, compromiso social y humanismo para transformar el escenario social y convertirse en agente activo.

Nuestros seis departamentos, dos institutos, gabinetes, una planta docente de excelencia académica, una comunidad de personal administrativo y apoyo a la docencia y servicios generales enfocados en el mismo proyecto, nos permite construir una organización administrativa y de gestión que diariamente garantiza que la Facultad con más estudiantes de nuestra querida UNSJ, accedan a la magia, al encanto desafiante de la transformación.

Y es que, como institución transformadora, no se percibe en una foto esta potencialidad, deberíamos ver la película, los diferentes fotogramas dirían nuestros

vecinos comunicadores para apreciar la magnitud del cambio estructural.

Es imposible pensar San Juan sin la universidad, o mejor hagamos el esfuerzo e imaginemos ese apocalíptico escenario. En primer término, la existencia de un escueto aparato productivo sin valor agregado, seguramente sin industria, sin la posibilidad de espacios culturales genuinos, sin ciencia, y por esto, sin generación de conocimientos, sin reflexión crítica, arrojados a los designios de un grupo reducido de gerentes del poder que, por su misma ignorancia, desconocerían el valor de extender el saber al pueblo.

Es la ruptura con la lógica del sentido común lo que nos fortalece. La universidad no trasmite un saber más, es formadora de saberes complejos pero a la vez necesarios, de escenarios sociales planificados según esquemas científicos probados y eficientes.

Creo, mejor digo, estoy seguro, que no debo ahondar más en la fundamentación de la necesidad y lugar que ocupa esta organización social llamada universidad, es momento de dar la bienvenida a las y los ingresantes, a incentivar a nuestros estudiantes a continuar en el camino de la transformación, aún ante contextos complejos; a proyectarse, a demandar a cada docente una segunda explicación, a transitar pasillos, a vivir atardeceres, a madrugar en compañía del grupo de es-

tudios, a buscar en la biblioteca un libro, una revista, algo que nos arroje una clave. Pero esta clave no es una más, es la combinación que abre puertas y que permite obtener el pasaje hacía un destino soñado, y a veces ni siquiera lo pueden soñar.

Esta clave es el conocimiento que transita y nos palmea día a día, en cada clase, cada exposición, curso, monografía, práctica, o examen final. El conocimiento como actor de nuestros pasillos y aulas; perdón por mi falta de respeto, debo rectificarme, es el único dueño de esta casa de altos estudios, es quien les da la bienvenida y nos insta a adoptarlo por el resto de sus vidas.

Para finalizar podemos preguntarnos, ¿para qué necesitamos de la compañía del conocimiento existiendo satisfacciones inmediatas? Solamente para que no sea en vano los ojos rojos, las manos curtidas, la piel dañada y los sueños inconclusos de nuestros padres y abuelos, aquellos que siendo analfabetos resultaron sabios al aferrarse a la promesa de la transformación que les brindaba alguien a quien no conocían en persona, pero igual confiaron ciegamente, alguien que alguna vez escucharon que se llamaba conocimiento.



**José Carelli**  
Director Editorial